



XV

La Josepa durmió en una cueva, cerca de San Pedro de Olaz. Rayando el día, se dirigió al molino donde se alojaban algunos soldados, y andando entre ellos comenzó á pedir limosna. A lo lejos sonaba un clarín. Los soldados se apresuraban almohazando los caballos: Algunos, embozados en las mantas, bajaban al río, y sus cantos tenían una claridad juvenil en la mañana fría y lluviosa. Eran cantos regionales, donde se sentía el alma primitiva del pueblo.

LA GUERRA CARLISTA

pastoril y guerrera. La Josepa entró al molino, y descubriendo la cara pálida del niño, que dormía en sus brazos, comenzó una letanía para que la consintiesen secarse al fuego. Un soldado, compadecido, le dejó algunas rebañaduras de su rancho. La Josepa comenzó otra letanía de gracias:

—¡Dios te lo pague, hijo de buena mai! ¡Dios te lo pague, ligero! ¿Llevas mucho tiempo en la tropa? ¡Así te camines á tu casa en el mismo día de hoy, con el cañutero de la licencia! ¡San Cernin Glorioso, si aparenta que no has de tener los quince años entodavía! ¿Ya habrás pasado lo tuyo? ¡Penas y trabajos! ¡Penas y trabajos!... ¿Cómo es el nombre de tu escuadrón, mocé?

El soldado sonrió con orgullo:

—¡Primero de Numancia!

—¿Y eso que dice?

EL RESPLANDOR DE LA HOGUERA

El soldado hizo un gesto vago:

—El nombre del escuadrón... ¡Como lo han bautizado!...

La mendiga enterró las uñas en la greña:

—Menos mal que vosotros sois de caballo... ¡Los pobres que tienen de ir á pie, como están los caminos de nieve! ¿Y de aquí vosotros á do vais?

—Adonde cuadre.

—Con los buenos caballos que montáis, en un día ya correréis un sinfín de leguas. ¡Seréis muchos miles!

El soldado miró á la mendiga con una vaga sospecha que se disipó al verla encorvada dando el pecho al niño, temblando de miseria bajo sus harapos. Sin responder, se acercó á una puerta baja, que tenía el umbral blanco de harina, y llamó á voces:

LA GUERRA CARLISTA

—¡Patrona!... ¡Ya nos vamos!... ¡Perdonar!...

Se oyó una voz de mujer:

—¡Que no vendriais más!

Fuéronse los soldados, en un trote sonoro sobre el camino endurecido por la helada, y salió la molinera á la puerta para verlos partir. Era una moza de buen donaire, con el cabello blanco de harina, y los ojos verdes como el agua del río, y las mejillas llenas de un encanto campesino y solar. Hasta que los últimos jinetes desaparecieron en una revuelta del camino, estuvo en la puerta sin hablar, mirando á lo lejos, con una mano levantada é inmóvil como figura de retablo:

—¡Yo les hago la cruz! No tienen rabo ni cuernos, pero son diablos.

Afirmó la Josepa:

—¡De los mismos profundos!

EL RESPLANDOR DE LA HOGUERA

La molinera miró al niño colgado al pecho de la mendiga:

—¿Qué le das á ese hijo? ¡Solimán!

Entróse y abrió un arcaz de donde sacó un jarro tapado con un paño de lino casero que tenía una cenefa bermeja. La de Arguiña aún estaba en la puerta oteando el campo:

—¿Hay mucha tropa por el contorno?

—Pues ayer todo el día no dejó de pasar tanto de á caballo, tanto de á pie. Hoy ya dicen que seguirá lo mismo.

—¡Si no andaría lejos Don Manuel, no les faltara escarmiento!

La molinera movió la cabeza al mismo tiempo que vertía en un cuenco la leche del jarro:

—Dale al pequeño.

La Josepa tomó el cuenco y se agachó con la espalda pegada al muro:

LA GUERRA CARLISTA

—Está mal acostumbrado... No cata si no es la teta... He de tomarlo yo, y él cuidará de sacármelo.

La molinera hizo un gesto de lástima, mientras con el regazo lleno de mazorcas de maíz iba á sentarse cerca del fuego para desgranarlas. Quedó de pronto quieta, con el oído atento, y fué como un susurro la voz de la Josepa:

—¡Tropa que llega!

Se oía la marcha acompasada de una escuadra que cruzaba el camino. La molinera dejó caer las mazorcas, y corrió á la puerta:

—¡Forales, tú!

Los forales, afamados por valientes desde la otra guerra, conocían los montes como los voluntarios del Rey. Aventureros en su tierra, tenían la alegre fiereza de los soldados antiguos, y el amor de la sangre y de la hoguera.

EL RESPLANDOR DE LA HOGUERA

¡La hermosa tradición española! Las partidas odiábanles como á gente renegada, y todavía era mayor el odio en aquellos caseríos patriarcales, donde entraban á saco sin respetar á las mujeres ni al amo viejo, que ya no puede moverse del sillón de enea. Al verlos hacer alto, la molinera se entró cerrando la puerta del molino. Venían repartidos en dos hileras, dando custodia á una cuerda de cinco presos. Adelantóse un soldado, y llamó con la culata del fusil. Dijo dentro la molinera:

—¡Derribarán el postigo, tú! Abre, Josepa.

La mendiga obedeció, amenazando en voz baja:

—¡No habría una ponzoña para echar en el agua de la fuente!

Entró al molino la tropa, empujando á los prisioneros que tenían las manos atadas y es-

LA GUERRA CARLISTA

taban cubiertos de lodo, con huellas de haber sido arrastrados por los caminos. La Josepa rompió la fila de soldados para acercarse á uno de los presos:

—¡Así te ves, borrachón!

El hombre levantó la cabeza y arrugó el hocico con una vaga risa de viejo y de niño:

—¡Así me veo!... ¡Vaites! ¡Vaites!... Sabes que andan por fusilarme, Josepa.

La de Arguñña miró á los forales con gesto desdeñoso:

—No tendrán alma para ello.

Roquito se encogió guiñando los ojos:

—¡Vaites! ¡Vaites!

Sentado cerca del fuego, con la barbata apoyada en las rodillas, parecía menguar de una manera grotesca, y sumirse en su risa, y rodar dentro de ella como la bola de un cascabel. La

EL RESPLANDOR DE LA HOGUERA

Josepa le vió las manos amoratadas por las ligaduras, y sintió una gran lástima:

—Pues te llevan como los judíos al Señor.

Los ojos de Roquito tuvieron una llama de amor en la sombra de una vaga demencia:

—¡Bien se va á repelar el demonio, que ya me tenía cogido!... ¿Tienes un poco de pan, Josepa?

La mendiga sacó un mendrugo de la faltriquera, y se lo acercó á la boca:

—Arranca un pedazo.

Roquito hincó los dientes con avidez:

—¡Vaites! ¡Vaites!

—Es ley de verdugo no aflojarte las manos para que podrías tener el pan.

—Deja que pase trabajos.

—¿Cómo fué prenderte?

—Unos soldados me llevaron al hospital por

LA GUERRA CARLISTA

una herida que tengo en la espalda. Has de mirármela, que me escuece, y darle una untura de tocino, si el ama es caritativa. En el hospital, con un delirio que me entró, todo lo declaré.

—¡Pues tú mismo te pierdes, borrachón!

Roquito empezó á reir, mirando á los forales:

—Dicen que me llevan á comparecer en un Consejo de Guerra: Me llevan á ser fusilado en un camino.

Murmuró estoico uno de los prisioneros:

—Todos vamos á lo mesmo... La tropa no lo niega... En Otaín nos dijeron que éramos conducidos á Pamplona... Algunos lo creyeron, mas ahora ninguno deja de saber ya su suerte.

Roquito se volvió á la Josepa:

—Llégame el pan á los dientes. ¿Oíste que perecieron abrasados todos los negros que esta-

EL RESPLANDOR DE LA HOGUERA

ban en el caserío de San Patil? ¿Sabes quién puso fuego á las puertas? ¡Míralo aquí!

La Josepa exclamó con la voz rota por una carcajada que tenía la emoción de un sollozo:

—¿Y serías capaz, borrachón?

Roquito agachaba la cabeza entre los hombros, y arrugaba el hocico, riendo con aquella risa pueril, de vaga demencia:

—¡Vaites! ¡Vaites!

En esto vinieron algunos forales, y con las culatas de los fusiles hicieron levantar á los presos. Dos viejos rogaban porque les dejasen descansar mayor tiempo, pero el que mandaba la escuadra se opuso. Salieron al camino, y cuatro forales rompieron filas, llevándose á uno de los viejos. Se les vió abandonar el camino real é internarse por una senda entre peñasca-

LA GUERRA CARLISTA

les. Los presos se miraron en silencio. Murmuró el otro viejo:

—Ese es el primero.

Pasado algún tiempo, y después de hablarse en voz baja, rompieron filas otros cuatro forales, llevándose á un mozo de Roncesvalles. Al hacerle torcer de camino, se volvió gritando:

—¡Viva Carlos VII!

Roquito fué el último. La mendiga estaba en la puerta con los ojos enjutos, y la boca blanca de tan pálida: Tenía al niño en brazos, y el antiguo sacristán la llamó:

—Acércame al pequeño para que lo bese, con permiso del señor oficial.

La Josepa llegóse con el infante y lo alzó hasta la boca del prisionero que, al intento de doblarse, se dolía de su herida:

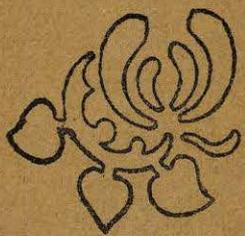
—¡Adiós, carabel! ¡No seas un pecador!

EL RESPLANDOR DE LA HOGUERA

Se alejó en medio de la tropa. Josepa la de Arguiña quedó un momento inmóvil en medio del camino, y luego echó á correr siguiendo al preso:

—¡Tendriais alma de matarlo!.. ¡Pues tendríais alma!





XVI

—Hay que hacer las cosas conforme lo manda Dios.

Diego Mail, el sargento de los forales, decía tales palabras á modo de sentencia, al entender que los mozos de la escuadra se iban concertando en voz baja, para poner sus balas en la cabeza de Roquito. El corneta guiñó un ojo, indicando á la Josepa:

—Si la señora da en seguirnos... ¡Y al fin, ello tendrá que ser!...

LA GUERRA CARLISTA

Iban atravesando un pinar todo en silencio y en sombra triste. Sentíase, de tarde en tarde, el aleteo de algún pájaro enramado, y una vez distinguieron al raposo, que volvía de la aldea: Pasó á lo lejos corriendo con el hopo agachado. Le dieron voces:

—¡Oh!... ¡Oh!...

La carretera cruzaba por entero el pinar, que tenía cerca de una legua. Roquito marchaba entre fusiles, con las manos atadas, rezando á media voz. Y por un lado de la carretera, con el niño en brazos y los ojos al mismo tiempo que asustados, bravíos, iba Josepa la de Arguiña. Los forales seguían hablando y concertándose en voz baja:

—¡Y que nos da escolta hasta Olaz!

—¡Y que nos cansa, tú!

—¡Lo bueno sería dejarla atada á un pino!

EL RESPLANDOR DE LA HOGUERA

—Pasado el pinar no hay otro paraje oportuno.

Pedro Guillén y Juan de Olite se acercaron al sargento. El veterano, antes de oírlos, movió la cabeza, repitiendo la grave sentencia:

—¡Hay que hacer las cosas conforme lo manda Dios!

Advirtió en tono misterioso Pedro Guillén:

—Pasado el pinar, no hay otro paraje oportuno, mi sargento.

—Lo entregaremos, conforme á ley, en la cárcel de Olaz.

Replicó Juan de Olite:

—Y mañana á correr nuevo camino, mi sargento.

Rió, con risa bárbara, Pedro Guillén:

—A lo último, siempre habrá que tronarlo... Y si la señora tiene gusto de verlo, yo no se lo quitara.

LA GUERRA CARLISTA

El sargento entornaba los ojos mirándose las guías de su mostacho blanco:

—A vistas de esa mujer, ya digo que, como cristianos, no podemos darle mulé.

La Josepa los miraba vengativa, sin proferir palabra. Llegaron á un gran raso, convertido en charcal por las lluvias, é hicieron alto para deliberar. El sargento esparció los ojos por aquel paraje todo en sombra verde y perenne, bajo el alma crepuscular de los pinos:

—¡Aquí, cuando la otra guerra!... ¡Aún no habían hecho el camino real!...

Anduvo algunos pasos mirando los troncos, y levantó los ojos á las cimas:

—¡Han crecido!

Respondió Juan de Olite:

—¡También pasaron años!

—¡Sí que pasaron!

EL RESPLANDOR DE LA HOGUERA

Comentó Pedro Guillén:

—Pocos hombres quedan de aquel tiempo.

—Los hombres duran menos que los pinos, y con menos fortaleza. Miralos tú el cuerpo que han echado, tan y mientras que yo ni sombra soy de aquel mozo que era.

Preguntó Juan de Olite, que era sobrino del veterano:

—¿Pues qué hacemos, tío?

—Si la mujer no se desvía, no hay otra que entregar al reo en Olaz:

—La mujer no se desvía.

Pedro Guillén mostró los dientes en su gran risa alegre y bárbara:

—Aquí, por voces que diera, solamente sería escuchada de los pájaros del cielo.

El sargento fué á sentarse en una piedra que marcaba un lindar:

LA GUERRA CARLISTA

—Luego correría por esos caseríos dando el pregón. ¡Ay, mocés, poco sabéis de la vida! La guerra pasará, y nosotros quedaremos, y hemos de vivir juntos acá, que para ello somos de una misma tierra. No afondéis mucho en la hoya. La vez pasada era yo á la conformidad que ahora sois. Se hizo la paz y tuve que andarme por otras tierras, pues en la mía me era un acedo la vida por la grima que me daba entrar en las casas, y ver que donde menos faltaba uno. Yo entonces ya no miraba los bandos sino el hueco, y el luto de las mujeres.

Quedó pensativo, y lentamente alzó la cabeza mirando á la cima de los pinos. Toldaba el cielo una nube negra que parecía cerrar el raso como lo cerraban el silencio y la sombra del pinar todo en torno. Límites de impresión y de sugestión. Pedro Guillén golpeaba los troncos

EL RESPLANDOR DE LA HOGUERA

con la culata del fusil, y aplicaba el oído:

—¡Zumban tal que si tendrían una bala de cañón!

El veterano murmuró con los ojos en lo alto:

—¡Cómo han crecido! Y aún verán muchas guerras, en tanto que nosotros...

Gritó un mozo que estaba echado en tierra.

—Ahora hacen una tala, mi sargento. Se oye el golpe del hacha.

Todos guardaron silencio y escucharon. Se oía el golpe de los leñadores lejano y enorme en una medida lenta. Los forales se pusieron en marcha. Josepa la de Arguiña corría detrás, y con los dientes cascaba piñones para dárselos al niño. El sargento refería un lance de la otra guerra:

—Entonces no había camino real. Era una

LA GUERRA CARLISTA

senda que no valía para los carros. Camino de herradura, aun cuando le decían de ruedas. Pues Don Pedro Mendía, padre del que ahora anda en la facción, sorprendió con su partida á una tropa de veinte hombres y á todos los mandó fusilar. Antes de irse ordenó de marcar veinte árboles con una cruz. Era como á modo de escarmiento. A los pocos días pasamos nosotros con el gran general Mina. Vió las cruces y mandó contarlas: Veinte, mi general. Quedó muy tranquilo. Llegamos por la tarde á Lecaroz. Pues yo creo que ninguno se acordaba, y el general, sin bajarse de su mula, nos dijo: Coged cuarenta hombres. No los había si no eran viejos y muchachos, que los mozos todos estaban en la facción. Siempre ha sido gente muy carlista la de Lecaroz. Pues viejos y muchachos, se trajeron aquí en el número de cuarenta, y

EL RESPLANDOR DE LA HOGUERA

fueron fusilados. En los pinos dejamos nosotros cuarenta cruces.

Resonó la voz y la risa de Pedro Guillén:

—¡Eso era hacer la guerra!

El veterano volvió la cabeza y miró atrás.

—¡Todavía creo haber reconocido alguno de aquellos árboles!...

Se despidió con una mirada larga y nublada, que tenía esa tristeza que tienen en los ojos los mastines viejos. Por la tarde, entregó al preso en la cárcel de Olaz. Josepa la de Arguiña durmió en el quicio de la puerta.

